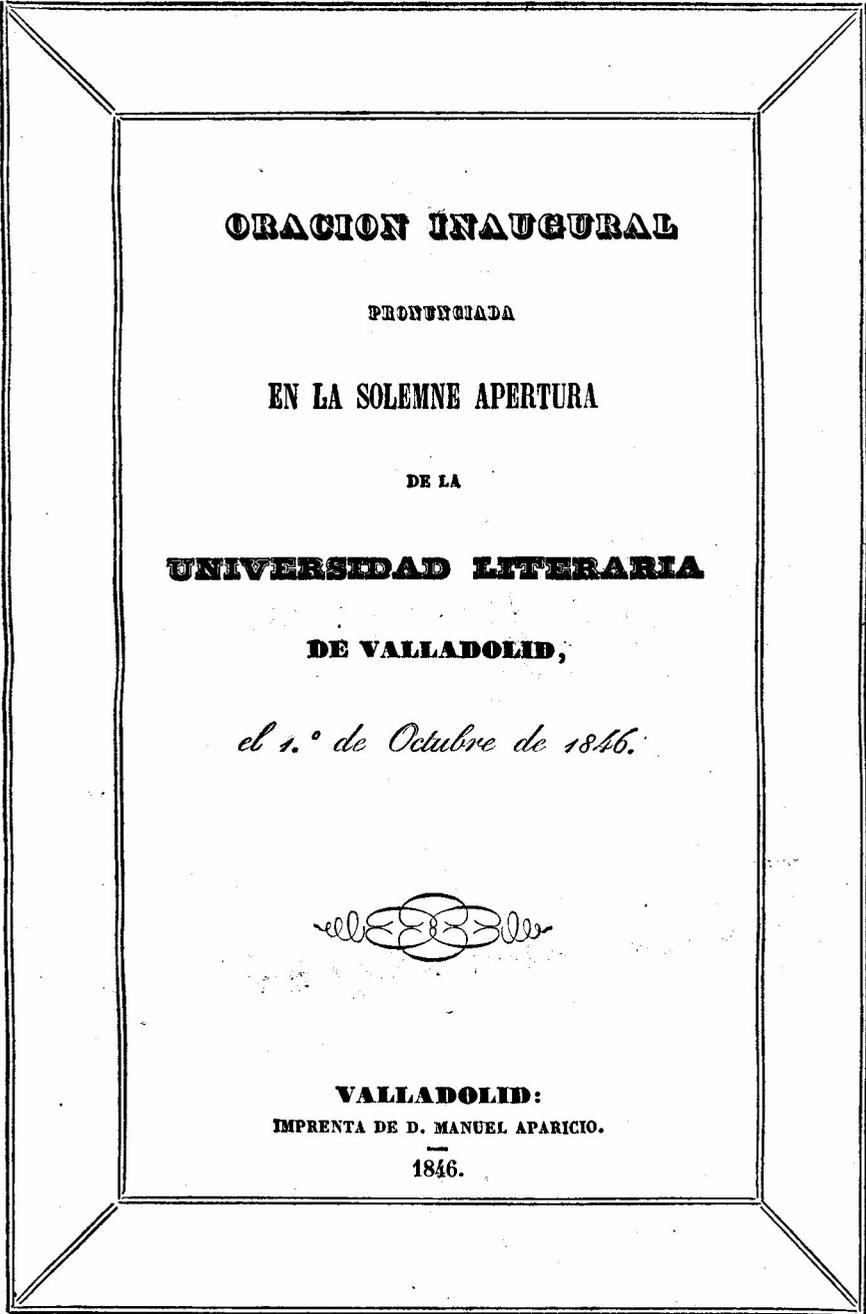


1846-47

1846-47

1



Valladolid



ORACION INAUGURAL

QUE

EN LA SOLEMNE APERTURA DE ESTUDIOS

DE LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALLADOLID

PRONUNCIÓ

el día 1.º de Octubre de 1846,

El Doctor Don Blas Pardo,

*Catedrático propietario de Jurisprudencia
en la misma.*



VALLADOLID:

IMPRESA DE D. MANUEL APARICIO.

1846.



Disc. Apert. UVA846/47



5>0 0 0 0 4 2 0 5 5 2

Bice

Ilustrísimo Señor:

¡**C**uán grato es á un corazon inflamado con el fuego del amor pátrio dirigir todos los esfuerzos de su celo á inspirar en los ánimos de la juventud estudiosa sólidas máximas de virtud y sabiduría! ¡Cuán dulce radicar en sus corazones las primeras semillas de la felicidad de los pueblos, y precaverles en tiempo de unos vicios é inspirarles unas virtudes que, por decirlo así, pudieran un dia llegar á ser el tipo de las virtudes ó de los vicios del pueblo! Mas ¡cuán grave es tambien, beneméritos Profesores, la honorífica, aunque penosa, tarea de dar cima á tamaña empresa! ¡Ah! no basta desenvolver y analizar con acertado tino las máximas fundamentales de nuestras respectivas enseñanzas, cuyos ópimos frutos recoja con avidez esa aprecia-

ble juventud, esperanza y orgullo de la Pátria, no menos que feliz precursora del porvenir mas dichoso, que por tantos títulos merece alcanzar esta Nación magnánima y sensata: no basta arraigar en sus ánimos todos los ramos del saber humano, elevándoles á la altura que reclaman las necesidades apremiantes del Pais: no, muy dignos y acreditados Maestros, no basta demostrar el prodigioso desarrollo que al través de los siglos han recibido las ciencias, remontarse á su origen, conocer su estado actual y señalar el camino que conduce á su perfeccion sirviendo nosotros de guia; es necesario ademas, es de todo punto indispensable, que á la vez que ilustramos el entendimiento de nuestros alumnos, haciéndoles entender las conocidas ventajas que producen la Física, la Química, la Mecánica, la Economía, la Estadística, la Administracion, la Política y tantas otras ciencias, artes y sistemas, que cada dia dilatan su imperio y hacen sentir por todas partes su poderoso influjo en la riqueza de las Naciones, no perdamos de vista el importantísimo deber que al mismo tiempo nos incumbe de formar en la virtud su corazon en una edad en que por desgracia las pasiones le combaten y dominan con el mas impetuoso furor y tiránico imperio. Esta es la necesidad urgente del siglo: esta la mision grandiosa y sublime que ha de coronar nuestros esfuerzos con el glorioso dictado de Angeles tutelares de la juventud que la Pátria nos confia, y de la que seremos responsables ante Dios y los hombres, si por la mayor de todas las

calamidades no acertásemos á corresponder dignamente á tan elevada confianza.

En estos Templos de Minerva se formaron, y de ellos salieron en todos tiempos, hombres eminentes que por sus talentos y virtudes fueron el pasmo y la admiracion del Universo: Varones esclarecidos en todos los cargos y oficios públicos, que tantos testimonios de gratitud como prendas de emulacion legaron á la posteridad. En estos sagrados recintos de la paz y del sosiego estudiaron los sólidos principios de la moral religiosa y civil, que forman la parte principal de la enseñanza literaria, los que unidos á las luces de su espíritu, les condugeron constantemente por las deliciosas sendas de la virtud. Aqui fue donde recibieron el germen de su verdadera y sólida gloria: aqui donde aprendieron á ser afables en el esplendor de su elevacion, inaccesibles á la lisonja, magnánimos en la adversidad, piadosos, prudentes, moderados, benéficos que, á la manera de fértiles y fecundos campos, exparcieron entre todos sus frutos y producciones, sin reservar para sí la menor parte: aqui fué, en una palabra, donde advertidos del escollo mas frecuente en que vienen á estrellarse los talentos mal dirigidos, supieron precaverse *de los perniciosos resultados que producen las ciencias degradadas de su dignidad por los abominables vicios de la presuncion y del orgullo.*

Así es, apreciable juventud, la verdadera sabiduría debe ser siempre la atalaya vigilante que, observando nuestra conducta, advierta á cada uno

lo que deba ejecutar para que sean rectas sus acciones: la antorcha resplandeciente que, iluminando con sus rayos el entendimiento humano, á la par que le inspire sublimidad de pensamiento, sencillez de corazon y rectitud de conducta, le enseñe á buscar en la prudencia su gloria, en el estudio su recreo, en la paz su tesoro y en la buena conciencia toda su felicidad: la Reina y Señora del mundo, que colocando su trono y dulce morada en el corazon del hombre, defendiéndole de las furiosas embestidas del egoismo, le dicte y persuada con la suavidad y excelencia de su doctrina las sublimes y heróicas virtudes de un celo ardiente, de un acendrado patriotismo y de un anhelo constante por la felicidad pública. Muy distante de hacer infame comercio esta respetable Matrona con la soberbia, la codicia, la vanidad, la ambicion ni otra alguna de las pasiones rateras que degradan al hombre y enervan sus facultades, estimula á todos á la mas puntual y exacta observancia de las virtudes opuestas, y con especialidad al hombre público, porque ella hace valerosos y esforzados á los que se alistan en la milicia, no crueles ni temerarios: ella aconseja máximas sólidas y proyectos juiciosos á los políticos, no ideas quiméricas y procedimientos ligeros: ella dicta y consolida las justas y equitativas resoluciones de los Magistrados, no la arbitrariedad y el despotismo: ella, en fin, hace entender á todos los depositarios de la confianza de los Gobiernos que las públicas dignidades deben su origen á las necesidades públicas, y

si en cierto modo no puede negarse que la autoridad es una carga pesada, que á las veces abrumba con su yugo, jamás deberán sentir éste los que la imploran como el mas seguro asilo y firme garantía de los derechos sociales.

Por otra parte, la prenda mas grande que caracteriza y ennoblece al Sábio, consiste en la docilidad con que se halla siempre dispuesto á deponer los errores, engaños ó equivocaciones en que por un efecto de la debilidad humana haya podido incurrir, teniendo valor para confesarlos él mismo, y retroceder gustoso del camino que le habia extraviado. Entonces, lejos de debilitar su prestigio, ni dar á entender inconstancia de ánimo, manifiesta mas bien su equidad y rectitud á la vez que se hace mas digno del honorífico título que le distingue. Lo contrario es el signo mas infalible de una refinada soberbia.

¡Cuán diferente rumbo, por cierto, sigue el Sábio engreido con la ciencia que hincha y no edifica! No siendo mas que un átomo imperceptible en medio de este vasto universo, quisiera que toda la máquina del mundo se moviese á medida de sus deseos: que su gusto arreglase la fortuna pública: que todos los sucesos se acomodasen á sus ideas; y por decirlo de una vez, quisiera ser el árbitro de todos los destinos del mundo. ¡Qué orgullo tan fatal! ¡Qué degradacion tan funesta! ¿Puede darse ni concebirse cosa mas repugnante á la razon, y aun á los mismos respetos y consideraciones que pretende atraerse el Sábio presuntuoso, que el pre-

dominio y ascendiente con que solicita descollar en todas partes? En las deliberaciones quiere ser tenido por oráculo: en los pueblos donde reside por Tribunal: en los proyectos que emprende por absoluto: su dictámen ha de ser ley, su voluntad la de todos, y hasta sus errores han de ser acatados como dogmas. ¡Ah ilusión vana, que los ensalza para abatirlos, que los entretiene para perderlos!

¿Y cuál es el funesto origen de tan desabridos frutos? la soberbia, el desordenado amor de nosotros mismos; no hay que buscarle en otra parte. Este vicio capital es velo que turba la vista para ver el verdadero mérito de las cosas; rémora que detiene las mejores acciones; barrera que estorba las mas oportunas providencias; y escollo en que se estrella el bien general.

¡Qué vida tan inquieta y turbulenta la del pretendido Sábio cuando se deja dominar de una pasión tan detestable! Nada omite para satisfacerla, todo lo pone en movimiento para saciarla. Deprime el mérito de los demas para ser solo en el aplauso y único en la recompensa: aparenta celo por el bien público para mejor asegurar el suyo propio, y ascender con tan simulado concepto á los primeros cargos y dignidades del Estado. Su vanidad y presuncion son siempre los únicos ídolos ante quienes dobla la rodilla y quema inciensos, inflamándole hasta el extremo de arrostrar cuantos obstáculos se opongan á sus designios. Lógrense sus fines, y mas que la Sociedad se desplome... se aplane... esta es su divisa, este su emblema, y este el triste y la-

mentable éxito de su orgullo, escrito con caracteres de sangre en la historia de las naciones.

Es verdad que entre los Romanos fue proverbial la máxima de que *florecerían las Ciudades donde los Filósofos imperasen, ó los Emperadores fuesen filósofos*; pero tambien lo es que cuando de pacíficos y útiles ciudadanos se convirtieron en turbulentos y furiosos conspiradores contra la autoridad, contra las leyes y contra todo orden y sistema de gobierno, aquellos mismos que mas alarde hicieron de semejante dictado, fue ya indispensable desterrarles de Roma, como mas de una vez tuvo lugar en las épocas del Consulado y del Imperio, hasta que por último causaron la ruina de la República.

¿Y cuando quiera que tan lamentables escenas se repitiesen, convirtiéndose en fuegos fátuos y errantes los astros que habian de iluminar y conducir á los pueblos por el verdadero camino de su dicha y prosperidad? ¡Qué oprobio entonces para la magestad de los Gobiernos! ¡Qué desaliento para los hombres sábios y virtuosos que se verian privados de las justas recompensas debidas á sus talentos y servicios! ¡Qué descrédito en la opinion pública! ¿Qué pretensiones son las vuestras, les preguntariamos? ¿A qué aspirais hombres imprudentes é inconsiderados, amadores de vosotros mismos procediendo de este modo? Si la sabiduría, esa antorcha refulgente que debe iluminar todas vuestras acciones, se ofusca y oscurece con los horribles vicios de la presuncion y el orgullo, ¿esperais que sea acertada vuestra conducta, ni

gloriosa vuestra memoria? Quedarán, si, como padrones para vuestro ludibrio y eterno oprobio las funestas resultas de los males que hayais causado á vuestra Pátria: se conservará, si, vuestra memoria, porque del mismo modo se trasmite de generacion en generacion la de las virtudes heróicas que la de los grandes vicios, pero no vuestro mérito.

Si de aqui pasamos á considerar al Sábio presuntuoso, ciegamente ocupado en forjar nuevos sistemas é innovaciones con el único objeto de distinguirse y adquirir fama y popularidad: si le contemplamos quemando inciensos y aromas en las aras de la razon individual, satirizando y escarneiendo cuanto el respetable testimonio de la experiencia tiene acreditado por mas sólido y conducente al bien comun, observaremos, que sobre ser impracticables sus utópias y delirios, bajo de una nube de frases escogidas que denotan el mayor interés por la legislacion y la humanidad, se traslucen muchas veces los mayores atentados contra tan venerandos objetos. Sabido es que la anarquía toma siempre prestado el language de la sumision y del órden; que el vicio se viste y adorna con el hermoso ropage de la virtud, y que para destruir lo bueno nada mas apropósito que intentarlo con la apariencia de otra cosa mejor. ¡Insensatos! les diremos con el célebre Rollin »no son el idioma »florido ni las palabras pomposas los que dan fuerza á los discursos, sino el enlace y ordenado »encadenamiento de las partes que forman y cons-

»tituyen un todo completo.” Con efecto, la mas bella elocuencia, las frases mas escogidas y los mas ricos pensamientos, no vienen á ser en un caso mas que absurdos punibles, y en el otro vanos sonidos que solo herirán el aire toda vez que no lleven por su principal objeto la verdad, la justicia y la conveniencia pública.

Lejos de mi la idea el poner trabas al ingenio, ni encadenar el entendimiento humano. Láncese éste á su placer en el espacioso campo de la investigacion y la experiencia, con respecto á las ciencias naturales y exactas; mas líbrese de traspasar los límites que la autoridad ha fijado á las morales y religiosas; guárdese de presumir osado penetrar en el Océano insondable de los secretos del Altísimo, porque entonces lo que ha sucedido no podrá menos de reproducirse. ¿Qué cúmulo de calamidades y desdichas no ha ocasionado al género humano ese anhelo insaciable de conceder rienda suelta á la libertad del pensamiento? Yo haria, Señores, un resúmen de ellos, si al íntimo convencimiento que me asiste de no ignorarlos vuestra superior ilustracion, no se agregara el temor de molestaros. Pero no puedo, ni debo en beneficio de la juventud inexperta, dejar de advertirla que ese desenfrenado apetito, esa fatal emancipacion del espíritu, es precisamente la que abortó aquellos Gefes y Doctores de la mentira y del error, que levantando el estandarte del cisma y de la rebellion, solo parece existieron para atizar las disensiones civiles, turbar el sosiego doméstico, la paz

de los pueblos y el órden de los Estados, minando por todas partes, con una inquietud y desasosiego indecibles, el edificio social, á fin de derribarle si su poder corriera á la par de sus deseos, aunque fuese á riesgo de quedar sepultados entre sus ruinas.

Empero, donde mas han intentado ensayar sus perversos designios esos héroes tan decantados, es en el activo veneno que con mano hábil preparáran en la considerable multitud de obras y folletos que no pueden ocultarse aun á los menos versados en la aciaga historia de los extravíos de la razon humana; veneno.... que está sordamente inficionando las costumbres públicas. ¡Qué olvido tan profundo en ellas de todas las obligaciones! ¡Qué insolente menosprecio de la virtud! Declarados el orgullo y el deleite por únicos móviles de las acciones humanas, una concupiscencia desenfrenada viene á ser el triste, pero infalible, resultado de la extincion del sentido moral, y entonces ¿quién lo creyera? las ciencias, los talentos y las mejores disposiciones del hombre por el abuso que de ellas hace, apresuran con su propio movimiento el curso de las costumbres, arrastrándolas hasta el abismo, donde vienen á precipitarse junto con las instituciones, con las leyes y con la Sociedad entera.

En esas obras, creedme jóvenes ansiosos de gloria literaria, en esas obras nada se encuentra, antes bien desaparece todo lo que forma y constituye la dicha de los hombres reunidos en sociedad, á saber: la concordia, la union doméstica, la

dulce confianza, la tierna compasion, la seguridad mútua. En esas obras, repito, solo se encuentra la apología del vicio y el olvido del deber: en resúmen, en esas detestables producciones el cálculo y sórdido interés sustituyen y reemplazan á los generosos sentimientos del corazon.

¿Y qué se pretende con el bosquejo de un cuadro tan desagradable? ¿Qué se pretende? nada mas sencillo, Ilustrísimo Señor, lo único que se pretende es grabar profundamente en los ánimos de la juventud estudiosa, á quien con especialidad se dirige mi discurso, estas dos importantes verdades. Primera: Que las ciencias sin virtudes solo sirven para fomentar la vanidad y orgullo del hombre, y conducirle á los mayores errores y extravíos con notable perjuicio de la Religion y del Estado; descrédito é ignominia de sus autores, cuyos nombres llevarán siempre la marca infamatoria del desprecio y de la execracion pública. Y segunda: Que las pasiones destruyen todo el vigor y fortaleza del alma tan indispensables para progresar en la carrera de las letras, y de consiguiente el placer sensible y el amor propio acaban con las ciencias, con la literatura y con las artes, sin que se conserve otra actividad que la relativa á las necesidades y placeres de los sentidos.

Feliz tú, noble y apacible juventud, una y mil veces venturosa y feliz, si del glorioso ejemplo de tus ilustres predecesores tomas el mejor antidoto para precaverte de tamaños males. En esta famosa y acreditada Academia se formaron, y de

ella salieron en todos tiempos, los hombres mas grandes y recomendables por su magestuosa circunspeccion y gravedad, por sus profundos y extensos conocimientos, por sus sanas é irrepreensibles costumbres. Sus nombres fueron llevados en alas de la fama desde Oriente á Occidente, desde Aquilón á Mediodia. Su memoria se ha renovado y renovará siempre con aplauso. Su celebridad se ha transmitido de siglo en siglo y de generacion en generacion; y la España reconocida á sus señalados servicios y distinguidos méritos, les tributará constantemente el justo homenaje de su gratitud y sus elogios.

Y vosotros, Sábios y respetables Maestros, permitidme que á nombre de la Divina Religion de Jesucristo, que tenemos la inefable dicha de profesar; á nombre de la Pátria amada que nos dió el ser, nos honra y nos sustenta; á nombre de la Augusta y Candorosa Reina Doña Isabel II, que rige los destinos de esta magnánima Nacion, os ruegue con todo el ardor de mi espíritu, os suplique y encarezca con toda la vehemencia de mi corazon, que entre las terribles asechanzas y furiosos huracanés del error y de la immoralidad, redobleis el celo, aviveis el fervor y empleeis todos los esfuerzos de que sois capaces y testifica la evidencia en ilustrar con sólidas y acrisoladas doctrinas el entendimiento, y en formar con pura y sana moral el corazon de los jóvenes que, bajo vuestros auspicios, aspiran á la única y verdadera gloria de ser útiles á la Religion y á la Pátria. Precavedles

de los peligros á que conduce una ciencia vana y presuntuosa, y de los escollos en que desgraciadamente vienen á naufragar los talentos mal dirigidos.

De este modo habreis llenado cumplidamente vuestros deberes, y alcanzareis sin duda un lugar distinguido en la aceptacion pública, como la mejor y mas grata recompensa á que deben siempre aspirar las almas grandes y generosas. HE DICHO.